

DaBar



Ciclo
A

9 de agosto de 2020
19° Domingo Ordinario

n° 44

Año XLVI

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla

Primera Página

Cuando falta el agua bajo los pies

“Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar...” (Mt 14, 23)

No hay oración, o sea, no hay verdadero encuentro con Dios, sino tenemos ánimos y eliminamos el ruido que nos vienen del exterior, atrevernos a aceptar la soledad. Para orar hay que despojarse de la agitación, dejar las prisas, renunciar a las propuestas atractivas del aparentar, recobrar la calma, descubrir de nuevo el sentido de la gratuidad.

Cristo despide a la gente después de haberla saciado tanto con el pan de la palabra como con el otro pan.

En cierto sentido, huye. Pero también esta fuga a la montaña, para dedicarse a la oración, puede ser un aspecto de aquella “compasión” por la gente que había provocado el milagro. Tener piedad de los otros (¡y también de nosotros mismos!) supone, muchas veces tener que alejarse.

“Ir al encuentro” a veces, puede significar detenerse, desaparecer.

Se me ha ocurrido pensar cómo interpretarían los otros la pretensión de Pedro de apartarse de los demás y de llegar él solo hasta el Maestro, caminando sobre las aguas.

En el Evangelio de hoy que tiene a Pedro por protagonista hay dos “intervalos” que me gustaría subrayar.

El primero debe colocarse entre la

invitación de Cristo, “¡iven!”, y el abandono de la barca para intentar los primeros pasos sobre las olas.

El segundo se da entre el momento en que Pedro, lleno de miedo, grita:

“¡Señor, sálvame!” y la mano tendida de Jesús para agarrar al naufrago culpable de poca fe.

En el primer intervalo domina la presunción y en el segundo la confianza.

Me atrevería a decir que Pedro da confianza precisamente porque, arriesgándose a ir al fondo como cualquiera de nosotros, puede ayudarnos, en cuanto experto en pesadez y en poca fe, a tender las manos hacia el único que salva. Y es hermoso que, junto con Pedro y con todos los demás, después de tantos miedos, nos unamos a él en el gesto de adoración (Éste sí que es un terreno sólido, aún en medio del mar) y que susurremos: “Realmente eres el Hijo de Dios”.

Probablemente Pedro ya no volvió a intentar un paseo sobre las olas. A mí ni siquiera se me ocurrirá, tampoco nadie nos lo pide, y lo que está claro que al Señor no se va ni volando, ni caminado sobre el mar. Es necesario que también nosotros en medio de las tempestades más furiosas, encontremos la fuerza de doblar las rodillas (¡no solo se doblan por miedo, también por coraje!) Solamente así podremos aventurar algún paso por los caminos de los hombres, sin que nos falte la tierra bajo los pies.



Lo importante es aprender a dar los pasos justos por los caminos del mundo, sin apartarnos de nadie.

Sí, lo mejor es caminar juntos por esta tierra, e intentar hacerlo, a ser posible, sobre la punta de los pies...

Susi Cruz
susi@dabar.es

Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Cuántos caminos debe recorrer un hombre,
antes de que le llames "hombre"

Cuántos mares debe surcar una blanca paloma,
antes de dormir en la arena.

Cuántas veces deben volar las balas de cañón,
antes de ser prohibidas para siempre.

La respuesta, amigo mío, está en el viento,
la respuesta está en el viento.

Me dan ganas de copiar toda la canción de Bod Dylan "Blowing in the wind". Me ha venido a la mente apenas he acabado de leer la lectura de este encuentro de Elías con el Señor. ¡"El Señor va a pasar!", se le dice. Y él espera... y pasa el huracán, y pasa el viento... y el terremoto... y el fuego... 'y vino una brisa suave, al sentirla Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva".

El mismo Dylan nos indica cómo comprender lo que parece incomprendible: "Muchas personas me dicen dónde está la respuesta, pero no voy a creerme eso. Sigo diciendo que está en el viento y al igual que un trozo inquieto de papel tiene que bajar un poco... Pero el único problema es que nadie recoge la respuesta cuando baja, por lo que no mucha gente llega a ver y saber... y luego se va volando" (la respuesta).

Las dos lecturas de hoy tienen muchos puntos en común con la canción de Dylan: el huracán, el viento, brisa ('amainó'). Pero ahí mismo, en ese punto surgen de nuevo la incógnita, las preguntas y las dudas de Dylan, que también están en la historia de los cristianos. Lo inaprehensible de la fe, de la presencia del Señor en nuestra vida y en la del pueblo cristiano. Porque a la vez que una interrogación continua y recalcitrante se convierte en respuesta constante y cierta. Pero una respuesta que está en el viento...

El episodio de Elías sigue las pautas esperables en un profeta que se ha jugado la vida, ha experimentado el triunfo y el fracaso por la defensa del Dios en el que confía ciegamente. Las



fuerzas le han abandonado, cae desvanecido en el camino hacia Horeb, el monte del Señor. Pero el Señor por su ángel lo ha socorrido y puesto en pie. Se refugia en una cueva, pero su espíritu se ha mantenido firme como en los tiempos de enfrentarse a los sacerdotes de Baal en el Monte Carmelo, y aún puede decirle al Señor que le pregunta '¿qué haces aquí, Elías?' "Ardo en celo por Yhwh Sebaot..." (vv. suprimidos en la lectura de hoy). Pero está firme en su confianza. No tiene que extrañar su fortaleza: No le arredran ni los terremotos, ni huracanes, ni fuego, ni aguas que tanto proclamaban los adoradores de Baal, dios de la naturaleza, la fecundidad de la tierra que llevaba en su mano el rayo y el fuego. Él ha dado muestras suficientes de qué significa Dios para él. Por eso no es de extrañar que acepte una vez más la incógnita de la presencia de Dios. Le basta su confianza ciega para entender que está justamente en la paz interior que él siente en su presencia.

Pero esto mismo puede trasladarse a los discípulos de la barca evangélica, historia viva de los creyentes en Cristo, a los que es necesario recordar que la fe no debe estar nunca en la barca, sino en Cristo. Y que Cristo en la barca o fuera de ella es 'el que está siempre con nosotros'. Él no necesita barca, ni necesita pescado. Y de esto deben ser conscientes los discípulos. Lo 'necesitaban' en la tempestad... y él estaba dormido'. Se acongojan porque no estaba 'y él aparece en medio de las aguas y pescan'. Amanece sin pesca, les recuerda que pueden pescar... pero él ya les tiene el pescado en las brasas para almorzar...' No nos salva la barca, nos salva la Presencia. Como a Elías. Y esa presencia está en el viento... Tenemos que aprehenderlo cada día no a nuestra conveniencia y circunstancias, sino al paso... sin dejarlo escapar.

Tomás Ramirez
tomas@dabar.es

Segunda Lectura

Si la acción salvadora de Dios a través de Cristo llega a todos los hombres, ¿qué ocurrirá entonces con el pueblo de Israel que ha rechazado a Jesucristo como Salvador? Si queda fuera de la salvación, parece que Dios no es fiel a sus promesas e, incluso, el mensaje de salvación anunciado por Pablo queda afectado. Israel es el pueblo de Dios, pero si queda fuera de la salvación, ¿quién hará caso a Pablo cuando anuncia él la salvación? ¿No podrá darse el mismo caso que ha ocurrido con Israel?

Pablo va a dedicar los capítulos 9-11 a desarrollar este problema. Y aunque la carta esté dirigida a los cristianos de Roma, es válida para todos los cristianos, tanto los procedentes del judaísmo como del paganismo. Así, Pablo desarrollará su reflexión en tres partes: 1º Dios es libre cuando concede dones; 2º Quien no quiere aceptar el evangelio debe hacerse responsable de su decisión; 3º Dios es fiel y sigue llamando también a Israel.

Comienza estos capítulos con un problema que, realmente, le tortura: el problema de la incredulidad judía. Ve con dolor cual es la situación de su pueblo, cómo Dios lo ama, pero este no le corresponde. Después de los capítulos anteriores, donde ha hablado de la esperanza cristiana, ahora le mortifica tratar de la incredulidad judía. Parece como si hubieran fracasado los planes de Dios para con su pueblo. Tanto le duele a Pablo esta situación y tanto quiere a su pueblo (desmintiendo que sea enemigo del pueblo judío) que estaría dispuesto a cualquier cosa por el bien de su pueblo, incluso "ser anatema", es decir, ofrecerse a Dios para ser destruido como cosa maldita para que su pueblo se salvara (vv. 1-3).

Pero también hay grandes razones para pensar que los israelitas se pueden salvar. Son los descendientes de Israel, Dios los eligió como pueblo suyo, en él hizo presente su gloria, con él realizó la alianza y le dio la Ley. También en el pueblo depositó las esperanzas mesiánicas. Al pueblo de Israel pertenecen los patriarcas. Y, sobre todo, acabando esta introducción, Pablo afirma la razón más poderosa: Cristo, el Salvador, es israelita (vv. 4-5).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Evangelio

Contexto

Continuamos en el mismo contexto de la semana pasada y Jesús sorprende a sus discípulos con la idea de volver a Galilea, retornando hacia occidente de donde habían salido para buscar algo de paz. Una paz que no logran por la afluencia de la gente entusiasmada por el milagro de la multiplicación (cf. Jn 6, 15s) o tal vez para preparar la epifanía del día siguiente. La versión de este relato que hace Mateo resulta más benigna para los discípulos que la de Marcos.

Texto

Despedida la muchedumbre a la que ha alimentado, Jesús se retira a orar, no emprende el camino. La referencia del lugar de la barca y el de Jesús sitúa la escena, el viento en contra nos hace percibir una situación que puede tornarse angustiosa si no consiguen alcanzar la orilla de Betsaida a donde, según Marcos, se dirigen. También el dato de Marcos es más preciso que el de Mateo en cuanto al momento, que se sitúa entre las tres y las seis, la cuarta vigilia, la madrugada.

Jesús se les acerca andando en ese momento, caminando sobre las aguas. Para ellos, para los discípulos, la visión de Jesús caminando sobre las aguas supone la manifestación de su divinidad, mayor que el Mesías. Ese hecho es el que los turba y confunde, por eso no les queda otro remedio que pensar que es un fantasma, un espíritu. Jesús, atento a su reacción, los anima.

Mateo añade al relato de Marcos el episodio de Pedro sobre el agua, que junto a la promesa del primado resultan los más notables de las referencias petrinas. Ni la valentía de Pedro ni sus posibles dudas sobre si realmente era Jesús quien acudía a ellos son el motivo por el que abandona la barca, más bien la propia llamada de Jesús es lo que le motiva. El único sentido profundo de la escena es evidenciar la fuerza de la fe y sus efectos sobre la duda. Mateo busca dar veracidad al texto al coincidir las reacciones de Pedro con su carácter y con el hecho de que el texto no busque elevar la figura de este. Y, como en el atrio del palacio del sumo sacerdote, fracasa. Pretende hacernos ver que el Señor nunca abandona al discípulo, aunque este le falle.

Jesús sube a la barca, después de recriminar la falta de fe, y hace que el viento se calme, lo que hace que los discípulos se asombren y lleguen a la confesión de fe, Jesús es más que el Mesías esperado por los judíos, es el hijo de Dios.

Pretexto

Llegar a percibir a Jesús como el Señor de nuestras vidas no es fácil y, menos aún, aceptarlo. El proceso de maduración hasta llegar a la aceptación de Jesús como hijo de Dios. Pedro nos puede servir de ejemplo, él es sincero y osado, a la vez que terco y arrogante, pero Jesús no lo rechaza. Muchas veces rechazamos a gente que se acerca a nosotros, o que sigue a Jesús como nosotros por el simple hecho de pensar distinto. Somos discípulos a pesar de los fallos que tengamos, solo nuestra voluntad de seguir a Jesús nos constituye en discípulos.

El camino puede ser difícil, pero contamos con una ayuda inestimable, Jesús siempre está para darnos la mano, para tranquilizarnos, para ahuyentar el miedo, para calmar la tormenta a nuestro alrededor. Hace unas semanas, os recordaba el mensaje del inicio del pontificado de san Juan Pablo II, a él me remito, "no tengáis miedo".

Enrique Abad
enrique@dabar.es



¡No tengáis miedo!

El miedo de los discípulos en la tormenta.

En la mar, con un viento en contra, avanza la barca de los discípulos, que reman con dificultad y que creen ver un fantasma, es decir, un producto de su fantasía. Ellos no piensan que quien va a su encuentro en el mar es Jesús, a quien acaban de dejar solo en la montaña, en oración con el Padre. Sin embargo, es él quien surge entre las aguas como una sombra para salvarlos de su precaria situación. En medio de los bramidos de las olas, su voz se deja oír. Pedro, a quien le costaba reconocerlo, ante la palabra de su Maestro responde lanzándose arriesgadamente al agua. Pero enseguida, le entró pánico por la borrasca y a punto estuvo de ahogarse. Jesús le tiende su mano y le reprocha: "¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?" Ante la voz de aquel en quien ha puesto confiadamente su vida, Pedro experimenta un rescate de las aguas mortales que le amenazaban, como ocurre en el Bautismo. Las olas se calman, el huracán se calla, la tensión de los barqueros se apacigua y estos se arrojan a los pies de aquel en quien reconocen al mismo Hijo de Dios. Un relato impresionante, lleno de significado, que nos transporta a nuestra propia experiencia de Dios.

La confesión de fe en Jesús, el Hijo del Padre...

Nos sentimos identificados con Pedro. También nos ha llegado la voz de Jesús. Su palabra ha tocado nuestro corazón: "¡Animo, soy yo! ¡No tengáis miedo!" También nos han llegado momentos de dudas y desconfianza, experimentando también momentos de ánimo y valentía, como Pedro: "Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre el agua". Nuestra fe titubeante queda bien descrita en este relato. No podremos nunca superar nuestros miedos e interrogantes, si no nos dejamos guiar por Jesús. Cuando los miedos se han vencido, nos podemos abandonar a él con toda nuestra confianza.

Pero Pedro no está solo, como tampoco Jesús quiso vivir y trabajar solo. Todos contamos con todos. Somos uno. Todos en la misma barca. Si esta se hunde, nos hundimos todos. Lo estamos experimentando todos a nivel mundial en estos días de pandemia, aún en medio de las distancias físicas que debemos guardar. Así nos ve Jesús, interconectados los unos en los otros. Como una comunidad de discípulos en la misma barca en medio de la noche del mundo, en un

Notas para la Homilía

mar embravecido y hostil. Así ve también el evangelista Mateo a su comunidad cristiana de Antioquía, donde los discípulos de Jesús empezaron a ser llamados cristianos, unos venidos del judaísmo, otros de la gentilidad. Adivinamos sus intenciones catequéticas: Mateo, a su comunidad cristiana, que se sentía sola, sin su Maestro, sin su timonel, la pretendía llevar a la fe, a la confianza en aquel que sí está, Jesús. Desde la barca de esta Iglesia se puede escuchar la voz de Jesús, una palabra que levanta su esperanza, hasta que él vuelva y regrese a la barca.

La misión de ser "pescadores de hombres", rescatadores de náufragos.

Jesús invitó a irse con él a algunos pescadores del mar de Galilea, entre ellos a Pedro, con la promesa de que él lo haría "pescadores de hombres", rescatadores de náufragos. El mismo oficio, el mismo manejo de las redes, pero no para "atrapar", sino para salvar a "náufragos". Hoy, hay tantas personas que se sienten así ináufragos! en medio de esta realidad líquida que nos rodea: personas que no saben adónde van sus vidas, que se sienten atrapadas por las corrientes del momento y de los ambientes donde malviven, que necesitan nuestra mano amiga y experta que los auxilie... Esa sigue siendo nuestra vocación ipescadores de hombres!, estando cerca o dentro de la barca, no sin ella, pues sin ella seríamos otros "náufragos", como le pasó a Pedro. Él, pescador y nadador experimentado, le puso una exigencia a Jesús para creer en él - "Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre el agua"- . Pero para poder "andar sobre la mar encrespada" del mundo, Pedro necesitaba de la fe en Jesús: "¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?" Sin la fe, los "pescadores de hombres", siempre se van a hundir. Volvamos, pues, a esa fe incondicional en Jesús y digámosle con Pedro: "¡Señor, sálvame!" Nosotros somos esos "pescadores de hombres", rescatadores de náufragos, que necesitan también ser rescatados por Jesús. Para que él nos rescate, necesitamos la fe en él.

Con la valentía de Pedro para ser esa "Iglesia en salida misionera" con una fe incondicional en Jesús, decimos: Creo en....

Juan Pablo Fereer
juanpablo@dabar.es



**“¡Animo, soy yo, no tengáis miedo!”
(Mt 14, 27b)**



Para reflexionar

“¡Animo, soy yo! ¡No tengáis miedo!” son las palabras de Jesús. La palabra hebrea Yahvé -“Yo soy”, “Yo estoy contigo para liberarte”...- es la expresión que denomina el santo nombre de Dios, tal como escuchamos en la vocación de Moisés (ver Éxodo 3). ¿Qué idea, sentimiento e imagen quieres que repercutan en tu comunidad cristiana ante la experiencia del Dios solidario y liberador que indica su nombre?

El relato del evangelio recuerda el paso del Mar Rojo de aquellos recién liberados de la esclavitud de Egipto. ¿Qué “mares” estamos atravesando actualmente? Ante la experiencia de encontrar “vientos en contra”, “olas encrespadas”, “tormentas caóticas”, “amenazas de naufragio...” ¿qué razones da Jesús para no tener miedo? ¿Qué otras razones descubres tú?

Pedro tiene unas exigencias para creer en Jesús: andar sobre las aguas embravecidas del mar. ¿Por qué se hunde? ¿Puede confiar en sus solas fuerzas y en su habilidad como buen nadador? ¿Cómo conseguir en tu comunidad cristiana que la profesión de su fe no pierda su fuerza evangélica y evangelizadora?

Para la oración

Oh Dios, a quien llamamos entrañablemente ¡Padre! Con tu Palabra siempre discreta y amable, con la suavidad de tu Espíritu Santo... nos llevas de la mano hacia tu Reino. Ven en auxilio de nuestra “poca fe”. Abre nuestros corazones a la llamada de tu Hijo. Ayúdanos a asumir sin miedos el riesgo de seguir los pasos de Jesús.

Padre misericordioso, el pan y el vino que presentamos ante ti expresan tu presencia en nuestras vidas, aunque nos falten los ojos o los oídos de la fe para sentirla. Traemos, pues, ante ti nuestra súplica de caminar detrás de Jesús, para descubrir como tú “abres un camino por las aguas, un vado por las aguas caudalosas” (Salmo 76, 20)



En verdad es justo darte gracias y bendecirte, oh Dios, nuestro Padre, lleno de generosidad hacia todos tus hijos... enviándonos, no solo a profetas liberadores y a justos altruistas, sino también de modo impresionante mandándonos a tu propio Hijo, Jesús. Él es la Palabra que nos salva; la mano que tú tiendes a todos, especialmente a nosotros, pecadores; el camino que nos conduce a la paz. Él es el nuevo día que se levanta en nuestra noche. Él es la vida que vence a la muerte y al pecado. Por eso, con los ángeles y la multitud de los santos, con santa María Virgen y su esposo José, con santa Edith Stein, tu hija israelita, víctima de la “Shoá”, del “Holocausto”... te aclamamos y te cantamos:



Padre de la vida. ¡Eres la Vida! Por esta gran fiesta, que con tanta ilusión has preparado para todos tus hijos, te manifestamos nuestro reconocimiento. Te damos gracias, porque este banquete festivo y familiar es un gran apoyo en nuestro camino de fe. Danos, pues, parte en la victoria de tu Hijo Jesús sobre la desconfianza, el miedo y la muerte.



Cantos

Entrada. Si vienes conmigo (de Gabarain); Pero... ¿dónde, dónde está Dios? (de Luis A. Díaz); Me adelantaré (1ª estrofa) (Gelineau); Con alegría y hermandad (Erdozain).

Acto penitencial. 1CLN-B 4.

Salmo. LdS.

Aleluya. 1CLN-E 9.

Ofertorio. Ya no hay razas (Mocedades); Quiero estar, Señor, en tu presencia (Erdozain).

Santo. 1CLN-I 10; o el de G. Arrondo.

Aclamación a la doxología. 1CLN-K 1.

Comunión. Creo en Jesús (2CLN-274); Yo soy el pan de vida (2CLN-O 38); Véante mis ojos (2CLN-272); Delante de Ti, Señor, mi Dios (Erdozain).

Final. Mientras recorres la vida (de Espinosa).

La misa de hoy

Monición de entrada

Bienvenidos a la Eucaristía de este domingo, día de la Resurrección de Jesús, en la fiesta en Europa de su patrona mártir en un campo de exterminio nazi, santa Edith Stein, judía que se adhirió a la fe en Jesucristo. Cuando estamos celebrando los 90 años del inicio de la segunda Guerra Mundial, celebremos que Jesucristo es nuestra paz y que nos hace a todos nosotros "obreros de la paz".

Saludo

Que el Señor Jesús, que nos hace pasar de la esclavitud a la libertad, esté siempre con todos vosotros.

Acto Penitencial

Que el Señor Jesús venga hoy a nuestro auxilio, hombres y mujeres de "poca fe", que nos tome de la mano y nos suba a la barca de su Iglesia:

-Tú, Padre, no abandonas la barca de los discípulos de tu Hijo, sacudidos por su "poca fe": Señor, ten piedad.

-Tú, Jesús, Hijo del Padre, eres la vela que en el mástil de la cruz llevas la barca de la historia hacia el puerto de tu Reino: Cristo, ten piedad

-Tú, Espíritu Santo, eres la brisa que empujas la barca de tu Iglesia hacia el puerto de tu Reino: Señor, ten piedad.

Monición a la Primera Lectura

Abramos el oído y el corazón a la experiencia religiosa del profeta Elías. Tras su aparente triunfo sobre los idólatras de Baal, Elías se siente decepcionado de su Dios: no es tan poderoso como él se imaginaba. Elías sin darse cuenta se había hecho una imagen falsa de Dios, un auténtico ídolo, cayendo en la misma equivocación que quería corregir en su pueblo. Pero Dios le manifiesta dónde realmente él está: en el sencillo, en el pequeño, en el frágil, en el pobre, en el perseguido...

Salmo Responsorial

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

Voy a escuchar lo que dice el Señor: «Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos». La salvación está ya cerca de sus fieles y la gloria habitará en nuestra tierra.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan; la fidelidad brota de la tierra, y la justicia mira desde el cielo.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará fruto. La justicia marchará ante él, la salvación seguirá sus pasos.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

Monición a la Segunda Lectura

Las palabras de Pablo que escuchamos hoy hablan de su cariño hacia los de su pueblo Israel, a pesar de no haber recibido de ellos sino rechazo y persecución. Escuchemos también su esperanza de que su pueblo reconocerá finalmente al Mesías Jesús.

Monición a la Lectura Evangélica

A los que estamos en la barca, a los discípulos de hoy, a los que vivimos entre las dudas y la fe... van dirigidas estas palabras que nos disponemos a acoger, como quien alarga la mano para ser salvado...

Oración de los fieles

“Señor, ¡sálvanos!” es la súplica de Pedro que vamos a elevar al Señor Jesús con los gritos de tantos naufragos de nuestro tiempo.

-Por la barca de tu Iglesia, hoy también vapuleada por las olas del descrédito, la incompreensión, la irrelevancia social, la manipulación partidista... también por la “poca fe” de sus miembros. Roguemos al Señor.

-Por todos los que no “ponen pie” en la prueba, sin nadie que les tienda una mano de socorro. Roguemos al Señor.

-Por los que no perciben que Dios está a su lado en medio de las tormentas de sus vidas. Roguemos al Señor.

-Por nosotros, que como Pedro, somos hombres y mujeres de “poca fe”... Roguemos al Señor.

Oh Dios, nuestro Padre, tu misericordia con todas tus criaturas no es menor que tu poder sobre ellas, escucha nuestras oraciones y haz que te reconozcamos presente y activo en todos los acontecimientos de nuestra historia, para que sepamos así afrontar las pruebas con serenidad y avancemos confiados hacia la paz de tu reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Despedida

“¡No tengáis miedo!”. Jesús, el Resucitado, está siempre con nosotros. Podéis ir en paz...





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

19º Domingo Ordinario, 9 de agosto 2020, Año XLVI, Ciclo A

I REYES 19, 9a. 11-13a

En aquellos días, cuando Elías llegó al Horeb, el monte de Dios, se metió en una cueva donde pasó la noche. El Señor le dijo: «Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar!». Vino un huracán tan violento que descuajaba los montes y hacía trizas las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento, vino un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto, vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego, se oyó una brisa tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva.

ROMANOS 9, 1-5

Hermanos: Digo la verdad en Cristo; mi conciencia, iluminada por el Espíritu Santo, me asegura que no miento. Siento una gran pena y un dolor incesante, en mi corazón, pues por el bien de mis hermanos, los de mi raza según la carne, quisiera incluso ser un proscrito lejos de Cristo. Ellos descienden de Israel, fueron adoptados como hijos, tienen la presencia de Dios, la alianza, la ley, el culto y las promesas. Suyos son los patriarcas, de quienes, según la carne, nació el Mesías, el que está por encima de todo: Dios bendito por los siglos. Amén.

MATEO 14, 22-33

Después que la gente se hubo saciado, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Y, después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo. Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús, andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma. Jesús les dijo enseguida: «¡Animo, soy yo, no tengáis miedo!» Pedro le contestó: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua». El le dijo: «Ven». Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua, acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: «Señor, sálvame». Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: «¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?» En cuanto subieron a la barca, amainó el viento. Los de la barca se postraron ante él, diciendo: «Realmente eres Hijo de Dios».

